

RICARDO AVENBURG

Dr. Ezequiel Achilli

“Uno tiene derecho a juzgar a un hombre por el efecto que tiene sobre sus amigos”¹

En la amistad se cae, como sucede con lo que más importe en la vida, y en la amistad con Ricardo se caía con placer y mucho más rápido de lo habitual. Un Campari®, puro, o un Terma®, puro también, esperaban en una bandejita de plata. Ricardo era puro y ayudaba a ese ritual. Esperaba y solía prepararse para comenzar para conversar con sus amigos. Otros días el encuentro era con unos vasitos pequeños, que llenaría con el vodka que traía luego de su calmo caminar. “¿Trajiste algo que *hayas escrito?*” —decía desde la puerta de la cocina. Esa era su primera pregunta. Sólo si yo no llevaba algún texto decía: “*—Estoy escribiendo algo, ¿te lo puedo leer para que me digas qué pensás?*”. ¡Puede existir un gesto más noble con alguien a quien doblaba en edad, de la misma forma que lo hacía con alguien a quien yo doblo en edad, algunos de los cuales están leyendo ahora estas palabras!

Al inicio la excusa eran los textos y los autores, luego se trataba del encuentro por el encuentro mismo, y conversar. Las preguntas rápidamente cambiaron, “*¿qué querés tomar?*”, y refunfuñaba si no elegía. Y “*¿qué querés hacer...*”, esa era la fórmula con la que invitaba a jugar. Quizás su estilo técni-

¹ Oscar Wilde. *El retrato de Dorian Gray*.

co, en psicoanálisis, tenga que ver de manera directa con su forma innata. Preguntar, ante todo, a los demás. Alguien que comienza un encuentro con preguntas antepone a los demás por sobre cualquier deseo individual.

Si el teléfono sonaba, la solución era rápida, daba el horario que le solicitaban, y si quien llamara lo hacía por otra razón decía; “*estoy en una reunión importante ahora, ¿te llamo al finalizar?*”, y lo anotaba en un cuadernito.

El lugar que Ricardo le daba a cada encuentro, con quien sea que lo visitara, ya que no solo yo lo visitaba, era especial y a todos los invitaba ocupar ese lugar. Cuando APdeBA estuvo cerrada, por cuestiones edilicias, fue el primero en ofrecer su casa para continuar las reuniones de nuestra Área de lectura y clínica freudiana. Por ese entonces no existía la posibilidad, en nuestro imaginario, de pensar en utilizar espacios de virtualidad de comunicación, y él no hubiera podido. De cualquier manera no era opción y ni imaginábamos del golpe tan fuerte que sucedería después (ahora). Ricardo era un integrante más de nuestro grupo auto-proclamado *Anacrónicos freudianos*, y todos sabemos que así se presentaba y eso era sinceridad. También trajo al Área a sus amigos y siempre le alegraba que llegara alguien que se sume a jugar. Trataba de sentarse en el medio, pero sólo para poder escuchar mejor. Y lo mismo sucedía con otros grupos en los que participaba. Desde joven armaba lazos grupales, incluso como médico en jefe del Hospital Israelita grupos terapéuticos que alojaban una inmensidad de personas que de lo contrario se quedarían sin tratamiento, y también de lectura, con quien deseara sumarse.

No puede haber un mejor espacio de homenaje para Ricardo que éste, y no porque no haya otros; universidades que

le otorgaron el título *honoris causa* –como el otorgado por la Universidad de Buenos Aires–, homenajes en vida como el del Simposio del año pasado –que con seriedad logró capturar también su humor–, paneles, ateneos... , sino porque este espacio en particular es más cercano que cualquier otro para la verdadera trasmisión, la amistosa, y es el que él hubiera elegido. La trasmisión para él es desde la amistad. El valor de la misma radica en la estima –decía– y en lo que Lou Andreas Salomé –autora que leímos juntos (y yo sabía que él la conocía bien desde antes)–: *transfiguración recíproca*. Ella desarrolla este concepto para hablar de la amistad y Ricardo hablaba de la transformación mutua desde antes de leerla.

“¿Qué punto de Psicología de las masas y análisis del yo están leyendo?, *así me pongo al día y para cuando todo esto termine*”. Ricardo tenía el talento innato de saber armar lazos, y sabía de las masas más allá de lo que decía Freud. “*Y estoy leyendo de nuevo a Hegel, y es fantástico. Un clásico siempre es actual*”. Recuerdo sus últimas palabras conmigo (telefónicas): “*Vi una película de Bergman, me recuerda mi juventud. Tenés que verla o cuando pase todo la miramos juntos*”. Para alguien tan social, y siempre rodeado de amigos, el teléfono no era suficiente. Siempre citaba el ejemplo del teléfono que utiliza Freud como fuente de malestar, ese *dios prótesis* que prolonga el oído al mismo tiempo que genera el malestar de saber que el otro se encuentra lejos. A Ricardo no se lo llevó el Covid-19, esta maldita pandemia que afecta a toda humanidad, sino sus consecuencias. Se fue un viernes a la hora que, en otro momento, estaría llegando a APdeBA para nuestras reuniones alrededor nuestro y también de Freud.

Nunca estuvo solo, su familia siempre lo acompañó con la dedicación que merecía, pero sintió la lejanía insondable,

necesaria en términos de protección contra la enfermedad; como la de sus pacientes, de amigos –que aunque siempre estuvimos y tratamos de estar desde el teléfono–, y lo mismo con sus tantos grupos de lectura, como nuestra Área de lectura y clínica freudiana, a la que siempre llegaba con su sonrisa característica y con esa sonrisa esperaba que llegáramos antes para tener más tiempo de jugar. También sus grupos de filosofía sobre Platón, Hegel... una gran cantidad de lazos que lo impulsaban a despertarse cada día.

Quizás el momento, su pérdida, el dolor, me empujan a pensar en la persona y *el efecto que tiene sobre sus amigos* y necesito expresar algo de esa intimidad, compartirlo, porque otros tantos también la vivieron, y para quienes no lo conocieron y puedan hacerlo desde este lugar. Y así como comencé, en el subtítulo, con las palabras de un escritor, termino con el mismo, *“la risa no es mal inicio de una amistad y es, por supuesto, su mejor final”*. A pesar de las circunstancias actuales Ricardo mantuvo hasta el final su capacidad de reír y su singular sonrisa.